



## Arribada

Al desembocar del Estrecho, arreció el SO. Bajo el cielo plumizo rugía un mar con matices color de cobre. Sus olas eran como jibas de monstruos antediluvianos, que entre las aguas bucearan. El viento resoplaba contra las nubes, arremolinándolas, superponiéndolas, formando, con todas ellas reunidas, un manchón siniestro, que oscilaba siniestramente, sacudiendo jirones húmedos de niebla.

El *Felisa* se encabritaba sobre las olas; la chimenea despedía torrentes de humo; la máquina prevenía sus templados aceros; los hornos rojeaban frente á los hombres que revolvían el carbón; alzaba la hélice remolinos verdosos, tiras de ola, que se enroscaban al

palaje como transparentes culebras. El casco tuvo un estremecimiento; la arboladura, un retemblido; el Océano, un ronco alentar; el viento, un furioso rumor. Luego se hizo una pausa, un paréntesis lleno de zozobras, y empezó la batalla entre el mar y el buque.

Fué terrible y hermosa. Lucha de un pigmeo con un gigante. La debilidad sorteando á la fuerza, burlándola, escamoteando el puñetazo del Océano y el trallazo del huracán. A cada golpe de ola, inclinábase el *Felisa* como vencido y suplicante. Cuando la ola se erguía en la otra banda, orgullosa de su poder, segura de devorar su presa, alzábase gallardo el buque, sacudiendo espuma, girando y regirando su hélice, apercibiéndose diestramente al embite de las nuevas olas que avanzaban.

Venían éstas aceleradas por el soplo del viento, enormes, babeantes, erizado el lomo con brutales arrugas, sacudida la base por brutales espasmos. Antes de llegar al *Felisa*, hacíanse atrás, se combaban en arco, permanecían un segundo inmóviles, y luego se deja-

ban caer sobre la borda, con toda la pesadumbre de su mole. El agua barría la cubierta, sacudiendo hierros y barandales, deshaciéndose en escupitajos coléricos; el buque se inclinaba hasta rozar con la superficie oceánica; después se incorporaba y proseguía la pelea.

Brava fué ésta durante el día. Los hombres andábamos á tropezones, agarrándonos á cuerdas, argollas y maderos, para no caer de bruces; en la bodega, sonaba el choque áspero de unas mercancías con otras; desde el puente seguíamos el viaje terco de las olas, su acrecimiento en velocidad y en tamaño, su despliegue sombrío, allá, en los términos del horizonte, donde se hundía el sol, cubriéndolas de sangre.

Pero, aun así y todo, mientras vivió el astro, mientras alumbró el espacio su luz, la lucha fué menos temerosa. Ver al enemigo llegar, es tener la mitad del triunfo. Cuando no se le ve, cuando únicamente se le oye jadear entre las tinieblas, cuando su avance se escucha, pero no se distingue, el peligro es mayor

y mayor también el recelo. ¿De dónde saldrá el golpe? ¿Cómo y cuándo lo sentiremos? ¿Qué sorpresas habrá prevenido en la sombra el monstruo que procura por nuestra muerte? Los oídos tienen que suplir á los ojos. Hay que luchar á tientas, sondeando en la obscuridad, revolviéndose contra una fiera y contra un misterio: contra el mar y la noche.

Eso hicieron durante horas y horas los tripulantes del *Felisa* en aquella negrura trágica, mientras mar y viento chocaban contra el buque.

Acada balance, parecía que el mar iba á sorberse el barco, á engullirlo, á no dejar memoria de él, rastro de sus hombres.

Arriba, en el puente, el capitán interrogaba á las tinieblas, inclinándose hacia el Océano, escudriñando el horizonte, dando órdenes al timonel, rechupando un cigarro, que dibujaba en la obscuridad círculos rojizos.

Desde el puente presenciaba yo la pelea. No se tome á jactancia. Declaro que no senti miedo. El espectáculo me atraía, me sugestionaba. ¿Por qué? Quizás por su épica grande-

za; porque lo que hay en mí de artista, sobreponiéndose á lo que hay en mí de animal, quitaba á mis nervios los temblores de espanto y ponía en ellos temblores de deleite; acaso porque un filósofo que anda dentro de mí, y sólo asoma en las ocasiones solemnes, murmuraba á mi oído que, siendo preciso morir alguna vez, vale más morir con grandeza, en las furias de una borrasca, teniendo por sepultura el mar, que morir ruinmente entre un par de médicos, teniendo por sepultura ocho palmos de tierra, con lápida encima y una inscripción imbécil grabada en la lápida.

Poco antes de amanecer, ocurrió algo que, por breves instantes, trajo á mi corazón zozobra.

Fué entre sombras y de improviso. Un mazazo brutal descargó contra el buque; éste retembló todo entero, crujiendo dolorosamente. Luego se inclinó. Una masa negra, voceante, pasó por la cubierta; salpicaduras acerbadas llegaron á mis labios. Se oyó otro golpe seco, y el buque se levantó despacio, gimiendo, sudando la espuma del Océano, mientras la hé-

lice daba vueltas ciegas en el aire y la máquina resoplaba angustiada.

La lucha continuó así cuatro ó cinco horas. El mar no podía tragarse al buque; pero, ya que no le vencía, no le dejaba andar. Cada milla nos costaba dos horas. ¿A qué seguir? ¿A qué perder tiempo, exponiéndose inútilmente? El *Felisa* viró y no como vencido que rinde su escudo, como gallardo caballero que en la liza hace tablas, dió popa á las olas, y empujado, escoltado por ellas, hizo rumbo á Cádiz.

Aún se encrespó el mar á nuestro ingreso en la bahía, con una amenaza postrera, con un reto último. Tres ó cuatro barcos de vela desarbolados, daban á nuestros ojos pruebas de las iras del temporal. Por docenas contábanse los buques que, huyendole, buscaron el abrigo del puerto.

Pasamos por cerca del *Cabo San Antonio*, heroicamente acababa de salvar de la muerte á la tripulación de un vapor italiano.

Al vapor no pudo salvarlo. Inútil fué tenderle cabos. Tres cogió, y los tres saltaron

como hilos al empuje del mar. Hubo que abandonarlo. Allá quedó el buque para seguir su angustioso viaje de agonizante hacia la costa portuguesa. En ella lo recogerán muerto, hecho tiras, aplastado contra las rocas...



## Arco iris

Aún cae el agua contra la cubierta del buque; aún sacude el viento la cresta de las olas. El temporal huye á nuestra espalda. Al frente se dobla el arco iris en ancha franja, donde los siete colores transparentan el beso que da á la lluvia el sol.

Es un arco triunfal, una paleta en curva, que cimbreaba de Norte á Sur sobre la movible cordillera esmeralda. El mar pasa bajo este arco, en reverencia, barriendo la atmósfera con sus blancos penachos. Suena á marcha guerrera el estrépito de las olas. Desfilan ellas en altos escuadrones. El iris, reflejando contra sus lomos, los acerca; pulimentando sus aristas, las transforma en joyeles. Los escuadrones se

suceden á tendido galope; el viento los aclama; la luz alza á su paso polvo menudísimo de oro. Van envueltos en una neblina topacio.

Parece el iris, curvándose encima de las aguas, un pórtico gigante que los genios atlánticos fabricaron, con mosaicos de pedrería, para culto del sol. De Norte á Sur, abarcando toda la extensión oceánica, se dibuja este pórtico en bravo alarde arquitectónico. Tenue como una gasa, transparente como el aire mismo es, y ni el oleaje lo quebranta ni el viento lo derriba. Los siete colores del mosaico constituyen un símbolo: el sol descomponiéndose en luminoso polen para fecundar á su hembra, la tierra.

Con el rojo y con el amarillo da el sol á la tierra sus energías y su sangre, para que las reparta entre los seres y las cosas que moldea su incansable matriz; con el verde, ropaje para los prados y los bosques, para las montañas y el mar; con el violeta, puede tejer la tierra velos nupciales para recibir al astro en sus amaneceres; con el morado, tocas de viudez, para acompañarle en sus ocasos. El azul

y el anaranjado se los brinda á la tierra el sol para que embellezca aguas y aire, campos y montes en las meridianas lujurias; el añil, para que mares, y ríos, y planicies, y sierras se difuminen y recojan, entre neblinas de misterio, el beso espectral de la luna.

¡Gama prodigiosa de colores y de matices!... Ella es fuerza, movimiento, calor en cada rayo, en cada molécula solar que toca la superficie de la tierra y por sus entrañas se filtra. Tamizada esta gama ahora por los cristales de la lluvia, flotando en el espacio con soberana majestad, trae á mis ojos la visión de una bandera desplegada en el infinito para proclamar el triunfo de la vida.

Asegura el poema bíblico que fué hecho el arco iris al finalizar el Diluvio, por el Dios de las barbas blancas, en prenda de amor, en lazo solidario entre los hombres y la divinidad. Para el libro judaico, es el arco iris puente ó escala luminosa que une la tierra con el cielo. Por ellos ascenderán ó pasarán las criaturas hacia el Trono del Creador á sentir el éxtasis de su presencia, á arrobarse en su excelsitud,

á gozar las eternas venturas de la Gloria.

“No importe á los hombres padecer en la tierra. Déjense en ella explotar, martirizar, abandonar, perseguir, castigar... No se rebelen contra la injusticia; humillense. No se yer- gan; hundan sus frentes en el polvo. La tierra es un tránsito. La dicha está arriba, en el cielo, en el peldaño último de la escala que el Supremo Hacedor dejó resbalar por el espacio á la conclusión del Diluvio.”

Muy otras ideas pone en mí la contemplación del arco iris, tendido sobre las espumas atlánticas.

El arco no desciende á la tierra desde los cielos. Por bajo de ellos se dibuja; del mar arrancan sus soportes; al ras del mar se hunden, para cimentar en costas lejanas, que las olas y la distancia ocultan de mis ojos.

No son cielo y tierra los que el arco reúne. Es la tierra, toda la tierra, la que sus remates enlazan. El pórtico simbólico no desciende desde la Gloria bíblica, donde el Dios de las barbas blancas rige los destinos del Universo. Se dobla, de un confín al otro, sobre el

mundo donde habitan los hombres. Se abre frente á la Humanidad, para que ésta fraternizada, transformada en única é igual familia, desfile por él y comulgue amorosa, igualitariamente, bajo los auspicios del sol, del gran padre rojo.

¡Día hermoso aquel en que todos los hombres proclamen el triunfo de la vida, la fecundidad de la vida, el reinado del amor y de la justicia encima de la tierra, al fuego fecundo de este sol que pinta el arco iris sobre los cristales de la lluvia, como la Humanidad pinta su porvenir sobre las nieblas del presente!...



## Garrazos del mar

Aún se estremece la bahía de Cádiz á los embates postrimeros del temporal. El agua rompe furiosa en los paredones del muelle y se retuerce entre los bajos. Los chubascos nublan, de tiempo en tiempo, el azul de la atmósfera. Durante ellos la lluvia cae á chorros. Pasa el chubasco, y el cielo gaditano recobra sus entonaciones turquí.

La bahía ofrece el espectáculo de un campo de batalla después de la pelea, cuando, enterrados los muertos y hospitalizados los heridos, los peleadores se reconocen y se cuentan.

Por docenas son los barcos que, huyendo el temporal, penetraron en la bahía. Haylos de todos los países y de todos los portes.



Los veleros sufrieron más en el envite. Algunos de ellos, caídos sobre un costado, dan al aire sus arboladuras deshechas. Los que fueron palos, son astillas; el velamen, roto, vuelve trapería la cubierta; las cuerdas cuelgan de los mástiles como reptiles divididos á hachazos. Una "barca" arriba con nosotros. Trae rotos el palo mayor y el mesana; por velas únicas, el trinquete, el juanete y el vela-cho; las otras llevóselas el viento con la tronchada arboladura. La "barca" entra rápida, en fuga. Apenas da fondo, sus hombres se dejan caer sobre cubierta, faltos de vigor, extenuados por el trajín bárbaro de la lucha.

Algunos vapores muestran en sus cascos las huellas del mar: son boquetes, abolladuras, mazazos del coloso... Otros barcos, menos felices, habrán quedado allá, contra la costa, ahogados sus hombres, partidos y descuader-nados ellos; para pasto de peces los unos; los otros para diversión macabra de las olas y el viento.

Irá conociéndose, poco á poco, el número y nombre de las víctimas. El mar no tiene prisa

en dar cuenta de sus hazañas. Hoy sabemos de éste; mañana sabremos de aquél... Lentamente se hará la suma trágica. A su fin, habrá unos cuantos naufragios más y un ciento de hombres menos. Luego, hombres y buques á seguir navegando, hasta que el mar quiera percibir nuevamente su terrible contribución.

Cádiz tampoco se libró de las iras atlánticas. En la Alameda abrieron las olas un boquete espantable. Un bloque, que pesaba centenares de toneladas, fué cogido por un golpe de mar y empujado de abajo arriba. Fué un choque catapúltico. El bloque hendió el muro; ascendió, quebrantando otros bloques, y saltó sobre la Alameda, á diez metros de altura. Desplomóse después y dejó abierto en la tierra ancho boquerón, por donde subían las olas, rugientes, espumosas, en amargo y asolador tropel.

Sólo contemplando estas brutalidades del Océano, se tiene medida de su fuerza. He visto la obra del mar embravecido en el balneario de Cádiz y he sentido ese espanto épico,

esa admiración aplastadora que las grandes catástrofes ponen en el espíritu.

Contra aquel hermoso edificio, gala y feria estival del gaditano pueblo, embistieron las olas en plena borrasca, en homérito pecho gón. Todo vino á tierra. Lo que no fué roto por el brazo del oleaje, enterrado quedó bajo las arenas que el oleaje arrastraba con él.

Los sillares partidos, se esparcían en el arenal; algunas fueron á dar sobre la carretera, como guijarros despedidos por honda; las cubiertas de hierro, arrugadas, deshilachadas, parecían pingajos de percal, trapos amontonados, á puntapié limpio, en un rincón. Las verjas estaban torcidas como alambres; las puertas, fuera de sus goznes, se apoyaban unas en otras, engarfiando sus inútiles cerraduras, para ofrecerse mutuamente sostén. Acá, unos escombros recordaban el salón de baile; allá, una charca indicaba el emplazamiento del jardín. Los vidrios rotos eran como brillantes ensartados á flor de arena. El sol los enlucía.

Junto á esas muestras del frenesí oceánico,

de su brutalidad grandiosa, había detalles perversos, minuciosidades asesinas, refinamientos viles. Al pie de una columna veíase la estatuilla de un Niño-Amor. El mar rompió sus alas, su arco y su carcax. El niño, sin armas, con los ojos vendados, inútil ya para apasionar corazones, tendía al Atlántico sus bracitos, como si le pidiera un fin total, un piadoso aniquilamiento... Un pajarillo yacía muerto encima de unas algas. No tuvo tiempo de volar; una ola se entretuvo en martirizarle con salivazos de su espuma. Jugando le mató y le depositó después sobre el cojín de algas, con las alas rotas y los tristes ojillos de par en par abiertos...

Ahora ríe el sol encima de la ruina; las olas van mansas; azul es el cielo, verde el mar; la brisa juega con las plumas del pajarillo muerto, y dos amantes se requiebran sobre un montón de escombros...



## Monstruos

En la ría virgiliana de Arosa, á bordo del vapor *Dolores*, donde un accidente automovilístico ha tenido á bien traspordarme, desde el *Felisa*, se hace ante mis ojos realidad la leyenda oceánica.

Habla esta leyenda de monstruos que suben desde sus cavernas á la superficie del Océano, para espanto de nautas. Son tales monstruos de plumizo color; de múltiples y potentes ojos, que brillan como hogueras; de aletas enormes, que arremolinan con su vaivén las aguas; de bocazas que alientan negro; de rugido cuyas vibraciones apagan las del trueno. Cuando luchan, escupen rayos. ¡Ay de quien provoque su furia ó sea grato á su voracidad!

Los monstruos descansan frente á mí, divididos en tres espantables rebaños, que cierran el paso de la ría. Descansan balanceándose con lentitud, levantando al cielo sus antenas. Uno á uno los cuento: suman veninticinco.

Junto al menor de ellos, fuera una ballena juguete de vitrina. Ahora duermen en paz, ennegreciendo la atmósfera con los vahos de su respiración. El sol esmalta sus escamas. El aire juega con sus crines.

Monstruos son, pero no fueron paridos, abortados, por la madre Naturaleza. Ha sido menester la humana ambición, el orgullo sanguinario del hombre, para que la leyenda oceánica se convierta en realidad; para que el poema siniestro, forjado por las marineras supersticiones, se haga mole viviente, criatura de hierro y lumbre, encima de las olas.

Los monstruos que se columpian en la ría de Arosa, son una escuadra inglesa; veinticinco grandes acorazados y cruceros, que despliegan al viento el pabellón de la Gran Bretaña; del pueblo admirable donde el título de ciudadano es primero que otro ninguno; del reino

donde George y Asquith cumplendes de el Poder reformas y progresos sociales á que no llegaron nunca las naciones republicanas.

¡Lástima que junto á sabias leyes que proclaman y realizan el respeto del hombre; junto á reformas que á la fraternidad y á la igualdad sociales conducen, se alcen esas homicidas escuadras, pregonando el imperio brutal de la fuerza, la ley bárbara de la guerra, la hegemonía por la destrucción!...

Soberanamente hermoso es el espectáculo de la escuadra inglesa que, formando tres divisiones, ocupa la ría de Arosa.

Brillan al sol los enormes cascos de acero como deslumbrantes joyeles; el humo de las chimeneas se irisa al beso de la luz; refleja ésta en los broncees para volverlos oro; las arboladuras suben al espacio tal que troncos gallardos de ébano. Perfecta es la alineación de los acorazados; medida parece á compás la distancia de uno á otro; los banderines de señales van y vienen al capricho del viento; las músicas suenan alegres; los tripulantes se recortan sobre las cubiertas, limpios, correctos,

atentos á su obligación; canoas y más canoas de vapor, con la bandera á popa, atraviesan la ría. Cuando, desprendidas de los costados de los buques, flotan junto á ellos, me hacen el efecto de *pilotines*, de esos pececillos inofensivos que acompañan á los tiburones en sus viajes de voracidad y exterminio.

¡Sí que es grandioso el espectáculo! La grandeza existe siempre en la monstruosidad. Pero es horrible y pone espanto en el corazón y rebeldías en la conciencia el que los hombres pueblen aún los mares de monstruos para destruirse, para dominarse y esclavizarse; que otros monstruos, amasados con carne moza, erizados de cuchillos y de cañones, amenacen, en tierra, la paz de las urbes, la fecundidad de los campos, la existencia de las humanidades.

Y todo, ¿por qué? Y todo, ¿para qué? Para imponer la supremacía de un dibujo geográfico sobre otro dibujo geográfico; para ser el más fuerte y hacer del más débil manjar; para garantizar y perpetuar la explotación del hombre por el hombre; para que la sangre y la

miseria de los más sigan amasando oro y comodidades en beneficio de los menos.

Vistos así, los monstruos de hierro y lumbre que recorren los mares, los monstruos de carne joven, erizados de cuchillos y de cañones, que dominan la tierra, inspiran repugnancia.

¡Cuántos obreros ingleses martirizarán sus músculos, consumirán sus nervios, derrétrán su sangre en talleres y fábricas, en campos y minas, para surtir á los monstruos que se columpian orgullosamente en la ría de Arosa! ¡Cuántos dolores, cuántas injusticias, cuántas explotaciones supone el viaje triunfal de esas escuadras que pasean los mares del mundo proclamando el triunfo de la fuerza, la bárbara religión de la guerra y de la conquista!...

Pensando en ello, pienso en la conveniencia de que dos rebaños de monstruos férreos, salidos de distinto cubil geográfico, se tropiecen sobre las olas y uno contra otro embistan, deshaciéndose, destruyéndose en un definitivo choque. Acaso el horror mismo de la catástrofe vuelva á los feroces humildes, y les

haga arrodillarse, con los brazos tendidos, ante los altares de la paz.

Mejor fuera aún que obreros, pensadores, filósofos, cuantos buscan en una nueva sociedad el imperio de la paz y de la justicia, se sumaran, se uniesen y, dando un definitivo pechugón á la sociedad vieja, hundieran para siempre en las cavernas submarinas á los monstruos de acero y lumbre que resucitan la leyenda oceánica.

.....  
Hacia Poniente muere el sol, tiñendo el mar con estriás de sangre. Rendida la española bandera, pasamos por frente á las divisiones inglesas; las banderas de los grandes acorazados suben y bajan en señal de cortés saludo.

Atrás quedan los monstruos del mar. Delante de mis ojos se extiende un horizonte limpio. En él veo con la imaginación un mundo por venir, donde los hombres se saludarán levantando al espacio una bandera, para todos común.

En ella irá inscrita esta sola palabra: Amor.



## La costa de la muerte.

Vamos bordeando la costa que conduce de Villagarcía á la Coruña. "Costa de la muerte" es llamada por los marinos, y bien le cuadra el nombre. A centenares se cuentan los buques engullidos en aquellos bajos voraces.

—Si el Océano se secara de pronto—me dice el capitán—, veríamos su fondo empedrado de barcos.

La frase, de concisión trágica, resume el poema siniestro escrito por el Cantábrico, con sangre de hombres y astillas de naves, sobre las trágicas rompientes.

Acaso en las noches de tempestad, á la luz cárdena del rayo, entre voces de trueno, bramidos de huracán y rugidos de ola, el poema